

¿Puede llegar a desaparecer el capital?

Andrés Sáiz, S. J.

Con la polvareda ideológica contra el capitalismo, levantada intencionadamente por la propaganda comunista, se están oscureciendo las mentes de nuestros contemporáneos hasta un grado inaudito de confusionismo lógico.

El ataque a las naciones no comunistas se hace, entre otros, con este "slogan" de acusarlas de capitalistas. Ello hace pensar que las naciones comunistas no lo son. Pero nada más lejos de la verdad. Si capitalista es el que posee y fomenta la creación de capitales, tan capitalista es el Estado comunista ruso, como un industrial acaudalado de EE. UU. o de Inglaterra, y desde luego mucho más capitalista que el Estado democrático norteamericano o que el Estado inglés.

En Rusia es el Estado el que es archimillonario, el que posee no sólo todas las riquezas naturales de la nación, sino también todos los instrumentos de producción: fábricas, talleres, utillaje, buques. Si en EE. UU. existe un capitalismo liberal, en Rusia existe un feroz capitalismo de Estado. No lo olvidemos y no nos dejemos alucinar por este absurdo espejismo, procurado adrede por los comunistas del mundo entero, de que en los países comunistas no existe el capitalismo, sino sólo en los que ellos llaman en su "jerga" totalmente arbitraria y convencional "países burgueses".

El capital no puede llegar a desaparecer de nación alguna, sea el que sea el régimen social al que se halle sometida. Y si desapareciera de alguna, esto supondría sencillamente su vuelta a las cavernas trogloditas. Veámoslo.

Necesidad del Capital.

Afirma Garriguet en su obra "Capital et capitalisme": "El capital ha comenzado a existir desde que un hombre en lugar de consumir en sus necesidades y placeres el producto íntegro de su trabajo, ha reservado una cantidad para emplearla en obtener un nuevo producto. Por eso el capital es casi tan antiguo sobre la tierra como el hombre...".

El capital, así entendido, no encierra injusticia alguna. ¿Qué puede haber de injusto en obtener, merced a un trabajo serio y constante con la naturaleza, un fruto que desborde las necesidades ordinarias del trabajador y en destinar ese fruto a conseguir nuevas ventajas? Por otra parte, considerado el capital como proveniente del ahorro, su legitimidad radica en que representa un sacrificio. Recordemos que alguien ha definido el ahorro como el aplazamiento del goce de bienes disponibles.

La constitución y utilización del capital son, de suyo, legítimas porque son consecuencia del derecho de propiedad. En último término, la justificación definitiva consiste en que el capital es requerido por el bien común de la sociedad.

Enseña Santo Tomás que los hombres necesitan de los bienes materiales no solamente para proveer al cuerpo sino también para el mismo ejercicio de la virtud.¹ Por lo tanto el hombre tiene derecho a poseer la cantidad de bienes materiales que le sean necesarios en vistas al cumplimiento de su fin sobre la tierra: la glorificación de Dios. "Todo hombre, como viviente dotado de razón, recibe de la naturaleza el derecho fundamental de usar de los bienes de la tierra... Tal derecho individual no puede ser suprimido en manera alguna ni siquiera por otros derechos ciertos y pacíficos sobre los bienes materiales. Sin duda el orden natural, que se deriva de Dios, requiere la propiedad privada y la libre comunicación de los bienes mediante cambios y donaciones... Pero todo esto queda subordinado a la finalidad de los bienes materiales, y no podría hacerse independiente del derecho primero y fundamental que concede a todos su uso; sino que más bien debe servir a hacer posible la actuación de ese derecho fundamental".²

Pero si eliminamos de la vida económica todo capital, la producción de bienes, en calidad y en cantidad, resultaría del todo insuficiente. Y al no existir los suficientes bienes materiales, necesariamente tendríamos hombres imposibilitados de llenar el fin que Dios les impuso, por carecer de esos bienes.

"El progreso económico de una sociedad moderna reclama que se puedan constituir nuevos capitales para realizar nuevas economías de trabajo o aumentar la productividad".³ El Capital es un elemento necesario en la producción. El hombre más industrioso no podría hacer cosa alguna sin primera materia, sin utensilios, sin medios de subsistencia; es decir, sin capital. "No puede existir trabajo sin capital".⁴ El capital no puede reducirse a una simple condición, ni a un instrumento absolutamente inerte y pasivo en la producción; es verdadera causa eficiente. La naturaleza, el trabajo y el capital rinden los frutos económicos. Pero hay ciertas partes del producto que no podemos atribuirles ni a la naturaleza ni al trabajo. Por ejemplo, el exceso de rendimiento obtenido gracias a una máquina segadora trilladora y a un tractor que realizan el trabajo de cien obreros.

La experiencia muestra que en los pueblos donde escasea el capital, el espíritu de empresa desaparece en la indolencia. Ningún interés bulle por aprovechar las nuevas invenciones y salir de los antiguos carriles; los cultivos se realizan rutinariamente y los productos no guardan proporción con el trabajo que en ellos se emplea; en la industria no se explotan de manera completa todas sus ramas, no se renueva convenientemente el material, y los resultados son imperfectos y más caros. Todo lo contrario sucede en las naciones ricas en capitales: se registra un espíritu de empresa sumamente fuerte y activo, se aprovechan todas las ocasiones de produc-

(1) De regim. Princip. I, 15.

(2) Pío XII, en el 50 aniversario de la *Rerum Novarum*, 19 de Junio 1941. AAS. 33, 196.

(3) Paul Steven, *Moral Social*, p. 240.

(4) *Rerum Novarum*, n. 15. *Acción Católica Española*, Editorial Poblet, 1946, Buenos Aires.

ción que salen al paso, se cuenta con los útiles más perfectos para la agricultura y la industria, de suerte que las fuerzas del hombre, sus talentos y conocimientos no se gastan nunca en vano.

“Las naciones que tienen pocos capitales —ha dicho Say— tienen una desventaja para la venta de sus productos, toda vez que no pueden conceder a sus acreedores del interior o del exterior largos plazos ni facilidades para el pago y es necesario que estén favorecidas desde otros puntos de vista para que puedan hacer ventas considerables”.

Un ejemplo histórico.

Federico Krupp, modestísimo obrero, nace en Essen, Alemania. Instala allí un pequeño taller de herrería. Después de su muerte, la diminuta industria pasa a ser regida por la esposa viuda y un hijo, Alfredo, de catorce años. En el año 1928 contaba con seis obreros. Gracias a un trabajo diligente y confiado, superadas ininidad de dificultades, aquella industria despreciable creció hasta poseer en 1913, 70.000 obreros, que con sus familias alcanzaban la cifra de 250.000 almas. Todos habitaban en casas pertenecientes a la familia Krupp; gozaban de amplios jardines; tenían a disposición bibliotecas, casas de campo, almacenes donde adquirían a precio de costo todo lo necesario, casas de socorro para proveer a los ancianos, etc. Privado Federico Krupp y sus herederos de la posesión y el uso de capitales, ¿de dónde hubieran brotado bienes suficientes para que vivieran honesta y humanamente aquellos 250.000 seres humanos?

Me imagino la objeción de muchos: Rusia. No existen en Rusia capitales privados. El único capitalista es el Estado. Y sabemos que Rusia, apoyada y defendiendo sin escrúpulos esos principios, ha alcanzado en algunos terrenos cierta relativa prosperidad.

Todo eso puede ser cierto. Pero también es cierto que Estados Unidos, valiéndose del sistema que nosotros propugnamos, ha logrado mucha mayor altura económica y prosperidad. Además, la moral católica defiende un principio que llama de subsidiariedad, por el que la misión del Estado se reduce a dirigir, fomentar o reprimir la actividad de los ciudadanos; o sea, en ningún caso debe suplir o suprimir las iniciativas de los súbditos: sería herir la dignidad de la persona humana, de quien es propio hacer y no dejar hacer, puesto que tiene una misión designada por el mismo Dios y una responsabilidad con respecto a ella, y, por lo mismo, pleno derecho y libertad en su conducta operativa. Abandonado este principio de subsidiariedad desembocamos en la opresión y esclavitud de los ciudadanos por parte del Estado, y disminuye el interés y la colaboración de todos por el bien común.

El trabajo también es necesario.

La semilla enterrada hace un esfuerzo para alzar la costra de tierra y salir a respirar aire y luz. Los pajarillos construyen su nido. Los lobos recorren los bosques en busca de presas. El hombre no puede sustraerse a la ley común: también él tiene que hacer esfuerzos para satisfacer sus necesidades. Ese esfuerzo, inconsciente en la planta, instintivo en el ani-

mal, es en el hombre una actividad que cae dentro de su inteligencia reflexiva. Nos referimos al trabajo: "ejercicio arduo y honesto de cualquier actividad humana en orden a conseguir un bien o fin";⁵ o "el ejercicio voluntariamente prestado de sus facultades intelectuales y manuales, según la personal vocación en orden al decoro y holgura de su vida y al mejor desarrollo de la economía nacional".⁶

El trabajo fue impuesto al hombre por una ley divina. Y se lo reclama la sociedad en que vive: ¿con qué derechos retiraría servicios de la sociedad quien no aportara servicios a ella?; o, ¿con qué méritos se acercaría al goce de beneficios quien negase su esfuerzo para crearlos? "Es un deber impuesto por Dios a cada hombre de subvenir a sus necesidades y de contribuir al bien común de la humanidad".⁷

Es una necesidad humana, un deber; y a todo deber corresponde un derecho. "El deber personal del trabajo impuesto por la naturaleza tiene por corolario el derecho natural de cada individuo a hacer del trabajo el medio de proveer a su vida propia y a la de sus hijos: tan profundamente ordenado está el imperio de la naturaleza a la conservación del hombre".⁸ Derecho y deber que hacen del trabajo una dignidad para el hombre. "La fuerza con que se trabaja es inherente a la persona".⁹ En el trabajo humano toman parte el cuerpo humano y el alma humana, los órganos de los sentidos corporales y las potencias espirituales. El trabajo del hombre, por lo tanto es digno por ser digno el hombre mismo.

Leemos en los primeros capítulos del Génesis: "Dios tomó al hombre y lo puso en el vergel del Edén para que lo cultivara y guardase".¹⁰ "Henchid la tierra —ordenó a Adán y Eva— y sojuzgadla y dominad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que se mueve sobre la tierra".¹¹ El hombre, pues, poniendo en tensión y movimiento su inteligencia y sus manos, no hace sino obedecer a su Creador. ¿Qué cosa puede haber más excelsa que seguir el mandato de nuestra naturaleza esencial que nos dice: obedece a Dios, porque del ser del hombre es ser de Dios?

Dios, el Omnipotente, no quiso hacer un mundo y un hombre perfectos, sin posible perfección ulterior. Todos los seres creados necesitan y son capaces de perfeccionarse. El Creador colocó en ellos capacidades y potencias que deben ser actuadas: no pueden quedar inoperantes. El trabajo es concurrir con la providencia de Dios al perfeccionamiento del mundo y de nuestra persona humana. "Desde el punto de vista cristiano el trabajo es en primer lugar, lo que colma nuestra vida. Dios es plenitud de vida, actividad infinita y simple. Como imagen de Dios, el hombre está llamado a una vida activa, para la cual Dios le ha dotado de múltiples capacidades y le ha dado un mundo y un espacio bastante para desarrollarlas".¹²

Al trabajo se debe el hallazgo de riquezas materiales, su aumento y el hacerlas servir a las necesidades humanas. Por el trabajo pone el hombre

(5) Gallego, apuntes de ética.

(6) Fuero español del Trabajo.

(7) Paul Steven, *Moral Social*, p. 203.

(8) Pío XII, discurso de Pentecostés, 1941.

(9) *Rerum novarum*, n. 34.

(10) Génesis, 2, 15.

(11) Génesis, 1, 28.

(12) Joseph Hoffner, *El hombre y el trabajo en la época de la técnica*.

en acto sus energías mentales y musculares, se perfecciona, se asemeja a Dios. La persona humana llena su vida y satisface a sus necesidades recibiendo y asimilando; pero, sobre todo, con el ejercicio y la donación de sus riquezas internas.

El trabajo nos perfecciona a nosotros y al mundo que nos rodea. Y toda perfección humana es, ontológicamente, un acercamiento a Dios, la primera causa de todas las cosas y que tiene en sí las ideas ejemplares de todas las criaturas. El hombre, trabajando, completa en sí y en los seres a su alcance, por sus operaciones espirituales y acciones físicas inherentes al trabajo, la semejanza que ya por naturaleza tenía con Dios, perfección suma, acto purísimo. No deja de ser honroso saberse colaborador de Dios en la gran tarea de acercar las cosas a su Perfección.

Todas estas excelsitudes podemos atribuírselas de una manera especial al trabajo moderno. El trabajo humano, en la forma que hoy se hace y en lo futuro se hará, viene a ser una nueva especie de creación pequeña. Nada eran hasta ayer mismo muchas cosas que hoy posee y domina con su mente y con sus músculos. Los modernos descubrimientos y su aplicación a la producción permiten al hombre entrever nuevos y, por el momento, insondables misterios en la creación: el tiempo y el trabajo humano los irán revelando. "Ha logrado, pues, el hombre, con el trabajo moderno intelectual y físico, un más amplio y perfecto desarrollo y expansión de su propio ser, y con ello ha dado mejor cumplimiento al precepto divino del Génesis: "henchid la tierra y sojuzgadla"; y ha reivindicado para la especie humana la primacía absoluta que, por voluntad del Creador, le corresponde".¹³

La Iglesia, en el transcurso de los siglos, ha repetido las enseñanzas divinas recordando a los hombres que el trabajo sigue siendo el primer mandamiento positivo impuesto por Dios al hombre, aun después del pecado original.

El trabajo del hombre en estado de justicia original no era fatigoso ni penoso. "Para el primer hombre, antes de su caída, el trabajo era simplemente expresión del espíritu, creación, avance hacia la plenitud de su ser".¹⁴ Ese mismo trabajo, después del pecado original, se ha convertido en un esfuerzo penoso por establecer el orden. La pena y fatiga del trabajo es una manera de expiación, una especie de cruz redentora. "Maldita será la tierra por tu causa; con fatiga te alimentarás de ella todos los días de tu vida: espinas y abrojos germinará; con el sudor de tu frente comerás pan".¹⁵ Sin embargo, la ley del trabajo como expiación de ninguna manera lleva consigo una maldición del trabajo. Vino a serlo cuando las condiciones en que se desarrollaba la esclavitud constituían para el hombre una deshonra y una tiranía. Pero todo esto lo hicieron los hombres y no Dios. Erramos al interpretar el tercer capítulo del Génesis como una maldición del trabajo. La confusión es gravísima y convendría evitar este modo de expresión. La maldición se refiere a la tierra y no al trabajo del hombre. No es una maldición la fatiga del trabajo, sino una expiación. Quien la soporta cristianamente en esta época nuestra

(13) Morcillo, Cristo en la fábrica, págs. 54, 55. Euramérica, Madrid.

(14) José Todolí: Teología del Trabajo, en "Rev. Esp. de Teol." (Oct.-Diciembre 1952; p. 367).

(15) Génesis, 3, 17-19.

de la técnica puede exclamar con San Pablo: "Me gozo en los padecimientos que he sufrido con vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta a las aflicciones de Cristo por el bien de su Cuerpo, que es la Iglesia".¹⁶

"No aborrezcas el trabajo penoso".¹⁷ Juan Taulero, hablando del labrador, lo llama el más sublime amigo de Dios; dice de él: "Toda su vida, durante más de cuarenta años, ha sido labrador, y lo sigue siendo. En una ocasión preguntó a Nuestro Señor si deseaba que dejara su trabajo y se fuera a sentarse en la Iglesia. El Señor entonces le contestó que no debía hacerlo, pues tenía que ganar el pan con el sudor de su frente, honrando así la noble y preciosísima sangre por él derramada".¹⁸

"A los que carecen de bienes de fortuna enséñales la Iglesia a no tener a deshonra, como no la tiene Dios, la pobreza, y a no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando. Todo lo cual lo confirmó con sus obras y hechos Cristo Nuestro Señor, que para salvar a los hombres se hizo pobre siendo rico y, aunque Dios e Hijo de Dios, quiso, sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano, y aun no rehusó gastar una gran parte de su vida trabajando como artesano".¹⁹

"El dolor y el sacrificio que el trabajo impone al hombre después del pecado original, aporta valores nuevos de orden espiritual, nada desdeñables, a la actividad humana; pues si la culpa original provocó el desorden interior y exterior del hombre, el orden no puede ser restaurado sino a costa de sacrificios, y el trabajo es esfuerzo que hace el hombre por establecer su dominio sobre las cosas creadas para restaurar el orden exterior perdido, y violencia que a sí mismo se hace para dominar el desequilibrio interior de sus potencias y sentidos, y recuperar, en lo posible, su imperio sobre unas y otros, sobre la rebelión interior y exterior".

¿Por qué no lo vemos y utilizamos así quienes hemos de gastar en el trabajo la mayor parte de las horas del día? Al final de cada jornada podíamos presentar al Señor un haz de vencimientos y de triunfos sobre nuestra concupiscencia como en ninguna otra lucha ascética.

(16) Col. 1, 24.

(17) Eccle. 7, 15.

(18) Citado por Hoffner en "El Hombre y el Trabajo en la época de la Técnica".

(19) Rerum Novarum, n. 20.

Textos, Novedades, Cuadros Religiosos,
Objetos para Regalos, Imágenes, Útiles Escolares.

LIBRERIA HISPANOAMERICA

A sus órdenes en:

1ª Calle Oriente y 4ª Avenida Norte — Teléfono 5062 — Apartado 167.

SAN SALVADOR